

NECROLÓGICA

ALBERTO BALIL
(1928-1989)

Hace ya más de un año que desapareció el profesor Alberto Balil y, sin embargo, para los que tuvimos la suerte de beneficiarnos de su amistad y de su magisterio nos resulta harto difícil evocar su figura, tanto en el aspecto científico como en el humano; parece como si —la lejanía de Valladolid lo propicia— el triste suceso del 23 de agosto de 1989 no hubiera ocurrido y Balil estuviera aún en su despacho del Departamento de la Universidad vallisoletana, siempre dispuesto a resolver una duda o a comentar el último acontecimiento cultural o científico.

Como para muchos compañeros de su generación, el camino universitario del profesor Balil fue duro. Con ciertas dudas vocacionales, empezó estudiando Medicina en la Universidad de Barcelona, cursó la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, licenciándose en 1955. Poco después, obtuvo una beca en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. Su estancia en la ciudad eterna y el contacto directo con las grandes manifestaciones de la civilización romana no sólo fueron decisivas en su trayectoria científica, sino que allí nació su admiración por Ranuccio Bianchi Bandinelli, a quien siempre consideró su maestro y al que nos enseñó a conocer a muchos de nosotros. De regreso a España, se doctoró en la Universidad de Madrid con una tesis sobre La casa romana en España y fue Profesor Ayudante y Adjunto, así como Secretario del Instituto Español de Arqueología del C.S.I.C., trabajando entonces con el profesor García y Bellido. En 1968, tras mucho bregar, obtuvo la plaza de Profesor Agregado de Arqueología, Epigrafía y Numismática, de la Universidad de Santiago de Compostela.

*Los cuatro años de estancia de Balil en Santiago fueron decisivos para el desarrollo de los estudios arqueológicos en esa Universidad. Fundó el Seminario de Arqueología y la serie *Studia Archaeologica*, y, lo que es mucho más importante, formó un grupo de alumnos que hoy han asegurado la continuidad de la labor emprendida entonces. No sé si sus discípulos de Galicia son conscientes de la enorme suerte que tuvieron y del impacto que aquella tierra produjo en Balil. Cuando en 1971 se trasladó a Valladolid como Catedrático de Arqueología, culminando así su carrera, Balil añoraba Galicia y es probable que si las cosas hubieran rodado de otro modo hubiera vuelto a Santiago.*

*Afincado en Valladolid, Balil se encontró con un Seminario de gran tradición, integrándose en él e impulsándolo sin descanso. La serie *Studia Archaeologica* se hizo vallisoletana y el viejo Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, su revista, albergó desde entonces una buena parte de su producción científica. Aparte de los artículos de fondo, sus numerosas «Varia», «Notas de lectura» y auténticas «Recensiones», contribuyeron a hacer del Boletín una revista —pese a ser compartida con Arte— absolutamente imprescindible para el estudio del mundo clásico.*

Desde los inicios de su carrera, Balil se dedicó íntegramente a la Universidad, simultaneando las clases con la investigación. De las primeras sus alumnos recuerdan un tratamiento riguroso de los temas, combinándolo con una notable amenidad, encaminado a superar de una vez por todas la visión de la Arqueología Clásica como una mera Historia del Arte, siguiendo los pasos de Bianchi Bandinelli, el Conde Ranuccio como lo llamaba coloquialmente, y de la moderna historiografía británica, las dos influencias que determinaron su personalidad científica.

Exponente de su labor investigadora son más de cuatro centenares y medio de trabajos, entre los que se cuentan varias monografías, a los que hay que añadir numerosas recensiones en las más prestigiosas revistas del país. Sería muy difícil hacer una selección de los trabajos más importantes, pero cómo no recordar sus cuatro libros de la década de los sesenta: Las murallas romanas de Barcelona (1961), Pintura helenística y romana (1962), Colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino (1964) y Lucernae singulares (1968); o aquel artículo sobre «La defensa de Hispania en el Bajo Imperio», publicado en Legio VII Gemina (1970), que sigue siendo hoy, dos decenios después de haber sido escrito, de obligada consulta.

Balil, no tengamos miedo en confesarlo, ha sido el mejor conocedor del mundo clásico en este país y ello, por desgracia, se ha reconocido más en el extranjero que en España. No en vano fue Presidente del Comité para la elaboración de la Tabula Imperii Romani y del Corpus Signorum Imperii Romani, en su parte española, los dos proyectos científicos de rango internacional en los que trabajó con enorme ilusión hasta el último momento.

Si en el aspecto científico Balil ha sido un hombre de extraordinaria valía, en el humano su talante ha sido excepcional. Siempre dispuesto a ayudar, cualquier consulta o problema científico era resuelto con prontitud, aunque tuviese que ocupar mucho de su propio tiempo o aportar los libros de su valiosa biblioteca particular. Y todo ello con gran elegancia, sin intereses mezquinos y sin las odiosas contrapartidas tan al uso en el medio universitario.

Además, como auténtico universitario que era, Balil poseía una gran cultura. Nada escapaba a su curiosidad, pero eran la historia y la literatura lo que más acaparaba su atención. Enamorado de la cultura británica, todo lo que se refería a Inglaterra le cautivaba. En pos de los recuerdos ingleses de nuestra Guerra de la Independencia, la Guerra Peninsular que dicen ellos, vinimos a tierras de Salamanca. Visitamos los campos de Arapiles y allí, junto al obelisco del Arapil Grande, Balil desplegó los planos de la famosa batalla y nos explicó la estrategia del Duque de Wellington. Después fue Ciudad Rodrigo y finalmente, a la caída de la tarde, el Real Fuerte de la Concepción, un coloso en ruinas, destruido durante la contienda, que le impresionó. Al día siguiente, ya en Valladolid, escribía una carta al entonces Director General de Bellas Artes, Joaquín Pérez Villanueva, reclamando interés y protección oficial para tan insigne monumento de arquitectura militar. Quede constancia de este hecho en defensa del patrimonio histórico salmantino.

No me es posible seguir; son muchos los recuerdos que se agolpan en mi mente tras diez años de convivencia, día a día, con el profesor Balil en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Valladolid. Quiero terminar con la misma invocación que él usaba para despedir a ilustres colegas, empleando su sencillez, pero con afecto infinito: Non cum corpore extinguitur magna anima.

RICARDO MARTÍN VALLS